

# El concepto de Naturaleza en la concepción filosófica de Quevedo

Por CONSTANTINO LASCARIS COMNENO

## LA NATURALEZA

La Naturaleza, piensa Quevedo, depende en absoluto de la Providencia y de ella no se puede desligar; el providencialismo coloca a la Naturaleza en una situación mediocre, secundaria; la Naturaleza ha perdido importancia desde el momento en que depende de algo que no es ella. Sin embargo, prescindiendo de este aspecto de dependencia, cuando el hombre Quevedo llega a tener conciencia de sí mismo, ya se halla en una Naturaleza hecha, en tal grado, que no la somete a ninguna crítica filosófica; simplemente constata el hecho de que frente a él existe y que tiene que aceptarla en su filosofía.

Por otra parte, es curioso que casi nunca se refiera directamente Quevedo a la Naturaleza. Casi pudiera decirse que, en variadas ocasiones le molesta nombrarla; parece temer que se note su preocupación por ella; la soslaya y prefiere hablar de la Providencia, o mejor de Dios. La Naturaleza es la intermediaria entre Dios y el hombre y este intermedio lo suple haciendo referencia a la acción de Dios sobre el mundo, la Providencia. Esto sucede siempre que habla teniendo desarrollado su esquema filosófico; cuando aún no aparece éste, la Naturaleza es primera, es un hecho observado e inalterable. Américo Castro lo señala (1), tras hablar de idéntico caso en Antonio de Torquemada (2), que niega la existencia de una Naturaleza operante distinta a Dios. Su tesis parece haber sido hecha expresamente para ser conciliada con un providencialismo agustiniano.

La concepción aristotélica del mundo se mantiene íntegra en Quevedo, pero perdiendo novedad, habiéndose convertido en algo que no tiene interés de tan sabido y tan poco trascendente que es en su concepción del universo. Es algo que ha pasado al dominio de lo usual y que no suscita a Quevedo reflexión filosófica, a no ser que, en detalles, provoque sus acostumbradas y punzantes diatribas.

En líneas generales, es aristotélico (3) y se muestra ciego a todo lo que desde el Renacimiento había surgido. ¿Se trata, por lo tanto, del Medievo incrustado en el Barroco? ¿O de un pensador barroco cuyo Cosmología estaba atrasada con respecto a su época? Más bien este segundo caso; basta recordar cuando, por exceso de patriotismo, por defender a España, se muestra ciego con Gerardo Mercator (4) y Telesio.

Y sin embargo, la realidad conquista el interés de los espíritus en esta época (5), los arrastra y los planta firmes ante nuevos objetivos; pero para Quevedo, la realidad que aparece ante sus ojos no es la Naturaleza. Estaba demasiado lanzado a una vida política, que le limita y circunscribe a un solo tema: el hombre y lo que con él se relacione. Todo lo estudia en función del hombre. Pero, por otra parte, dentro de esta concepción aristotélica, se muestra totalmente incontaminado, adelantándose incluso a Bayle y al P. Feijóo, acerca de sus deformaciones más o menos monstruosas, como se verá al hablar de la Astrología. Y esto le lleva a encasillar con estos errores los nuevos conocimientos que no comprende (6).

La mezcla de nuevos conocimientos naturales y de crasas supersticiones que es esta época (7) encuentran eco, quizá su exponente, en Quevedo, aunque depurando las supersticiones, quitándoles la trabazón de ignorancia y reduciéndolas a límites razonables. Incluso quizá el caso de Quevedo sea inverso al de tantos hombres que se lanzaban por los nuevos caminos de la ciencia, sin dejar de acunar en su interior rabiosas creencias anquilosadas. Quevedo permanece indiferente ante la nueva ciencia, no la comprende y, sin embargo, las supersticiones le causan repugnancia y las persigue incansablemente.

Su aristotelismo está cristianizado: ha pasado a través de la Escolástica y ha perdido las esquinas

(1) A. Castro, «El pensamiento de Cervantes» (Madrid, 1921), 392.

(2) Idem.

(3) Iriarte, «La F.<sup>a</sup> Esp.<sup>a</sup> ante el gesticulante Barroco», 327-28.

(4) «España defendida», IV; «Obras Completas» (Madrid, Aguilar), 349 y ss.

(5) Juderías, «Quevedo» (1923), 176.

(6) «España defendida», IV; 351.

(7) Weisbach, «Lo Barroco», 88.

angulosas refractarias al Cristianismo. Quevedo estudio la *Física* en Alcalá (8), pero no es metafísico, y se ha limitado a recoger, mejor a usar, la concepción escolástica del mundo. Ni siquiera la ha contrastado, no la ha sometido a crítica, y hay que entresacarla de frases sueltas, de alusiones dispersas por todas sus obras. Sin embargo, guarda una perfecta unidad: Quevedo tenía una concepción del mundo y, aunque no la exponga sistemáticamente, se deja traslucir con facilidad.

#### LA DISCORDIA

El Universo fué creado por Dios; sus conocimientos escriturísticos permiten a Quevedo analizar detalladamente la cuestión en diversos lugares. Me interesa resaltar un aspecto de esta cuestión, el que se relaciona con el concepto de la nada. Cuando pone en labios de Cristo (9) estas palabras: «Cuando yo estaba componiéndolo todo y la nada era aún no antecesora del Universo». Se trata de que la nada es la carencia del ser; el ser empieza a existir y entonces empieza a existir su contrapartida, la nada; el ser pone la nada, que aún no existía antes de existir el ser; por decirlo así, la nada empieza a ser cuando el ser empieza a existir. Pero el hombre la considera anterior, el hombre la pone anterior al ser, pues no alcanza a comprender que antes del ser no existiese ni siquiera la nada. Además, puede decirse que la nada es anterior al ser en cuanto que él ha sido creado y antes de él no hubo nada; pero la nada es puesta cuando empieza a existir el ser, pues, si no hubiera llegado a existir el ser, la nada no hubiese precedido al ser.

Este poner la nada es, pues, lógico. Pero que sea lógico no quiere decir que sea puramente artificio. Lo importante es la preocupación por la nada, y precisamente en cuanto pura nada, y no es que le dé un puesto que no deba tener en un tomismo puro; su concepto de la nada es tácitamente ortodoxo. Lo importante es esa preocupación por la nada y precisamente por eso, por ser la absoluta carencia de ser, carencia que luego se difundió por toda concepción de la Naturaleza y del hombre. La nada *adquiere cuerpo* y provoca una lucha entre los seres, que reaccionan y se atacan enconadamente y de ahí nacerá la *discordia*. Ya las funciones que los astros desarrollan no son perfectas: Quevedo da gran importancia, aunque no es más que un indicio de

su pensamiento, a «la enfermedad que padecen con los eclipses que los desaliñan y manchan» (10). Esta imagen coincide con la consideración de la Naturaleza como algo feo, frente a la visión renacentista, que vivía un cosmos armónico, esplendente y deslumbrador, y no deja de expresar la lucha por ser de todos los cuerpos de la Naturaleza, que Quevedo siente en todos los hombres y traslada a todas las cosas. Los contrarios obedecen a esta discordia suprema: «Pues yo digo con Aristóteles: *Contrariorum eadem est ratio*» (11) y esta razón es lo que busca Quevedo.

Esta enfermedad es el resultado de la *discordia*, que abraza a toda la Naturaleza y le da impulso y vida. El ser necesita de peligro para autenticarse y afirmarse.

«Nadie jamás fué tan obedecida del mundo como la discordia: perpetuamente reina en los elementos, sin que nada pueda tener tregua su guerra; si crees a los astrólogos, todo el Cielo es una discordia resplandeciente: no hay estrella que no se oponga a otra, y todas militan con aspectos contrarios; con ella vivimos, de ella somos compuestos, a ella estamos sujetos por naturaleza. Mucho tiene de providencia esta disensión, que compone, sustenta y vivifica» (12).

La quietud, la calma recuerdan el sueño de la muerte. Donde no hay guerra, no hay vida; la acción es el diálogo entre quienes no están de acuerdo; más todavía si se trata de la *discordia* entre los seres, que mutuamente se oprimen para rechazar la invasión de la nada, que los acecha constantemente en su propia medula.

Sin embargo, la *discordia* tiene otra faceta muy distinta. Quevedo no podía olvidar que en una guerra los combatientes se matan, pero no se odian, y da una nueva dimensión a la *discordia*; la hace *discordia* de un cosmos, no de un caos; es precisamente la trabazón que da armonía, la ligadura que amarra los elementos a su conjunto universal. Y estos elementos provocan «...la discordia concorde del universo y la batalla amiga de los elementos, que se abrazan y se conquistan con un brazo de guerra y otro de paz, y que en ellos la disensión pariente es matrimonio perpetuo, de cuya fecundidad proceden todos los partos de la tierra, por la variedad hermosos, por la multitud admirables» (13). De esta manera, de la destrucción surge la vida y la vida se venga de la nada fecundándola y haciendo surgir nuevos seres, que continúan la perennidad del cosmos. Porque el mundo se abre y, gracias al impulso

(8) Véase su «Matrícula de Física», 905, V (V=volumen de verso).

(9) «Declamación de Jesucristo...», 1080.  
Un «also rumor» es *Nada* y, sin embargo:  
«Y esa Nada ha causado muchos llantos,  
y Nada fué instrumento de la Muerte,  
y Nada vino a ser muerte de tantos», 471, V.

(10) «Prov. de Dios», 1282. Véase la Carta CXXVII, a don Antonio de Mendoza, 1814.

(11) «La Rebelión de Barcelona», 689.

(12) Carta CLXVII, a persona desconocida, 1907.

(13) «Prov. de Dios», 1281.

de la Providencia, engendra: «La tierra es vientre de todas las cosas, que concibe de la virtud varonil del cielo» (14).

Mediante este proceso, la Naturaleza está creada; se conserva gracias a la *discordia*, y la Providencia le presta impulso para plasmar en realidades la secuela de las cosas. Ante los ojos del hombre surge así el panorama del mundo y ve ante él un reflejo grandioso de lo que en sí mismo percibe, y se siente a sí mismo lanzado a la *discordia* cósmica.

#### COSMOLOGÍA ARISTOTÉLICA

Quevedo tiene esta visión del Universo y solamente se preocupa de ella y no por qué sea el ser de las cosas. Que acepta la doctrina de la materia y la forma es un hecho, pero no la utiliza en sus explicaciones. Hace referencia a ella directamente y se aprecia en el resto de su doctrina que es consecuente (15). Enlazada con ella, la materia prima continúa vigente (16). Quevedo se atiene a una creencia todavía generalizada en su época y que tardaría en dejar de ser explicada en las Universidades. En consecuencia, admite asimismo las cuatro causas aristotélicas (17) que forman el tablado sobre el que la *discordia* puede realizar sus hazañas.

La doctrina de los cuatro elementos también es conservada por Quevedo (18). Compaginada con su providencialismo, se halla profundamente afinada en su espíritu.

Por lo tanto, la conjunción del aristotelismo con el senecismo da en Quevedo un mundo bastante primitivo, ciego a los nuevos adelantos de la ciencia, pero animado por un espíritu de enorme potencia. En él, todavía se sostiene el geocentrismo (19) y el sol tiene mayor tamaño (?) del aparente (20), contra la opinión de Epicuro, pero no se preocupa de calibrarlo ni aproximadamente: resbala por lo cóncavo de su orbe (21), y es perpetuo, no eterno, monarca (22); y la región del fuego, siguiendo a Aristóteles, está en infinita distancia más abajo del cóncavo de la luna (23).

#### CRÍTICA DE LA ASTROLOGÍA Y LA ALQUIMIA

Y, sin embargo, por sobre todos estos fragmentos que dan una Cosmología tradicional, surgen

(14) Idem, 1282.

(15) Idem. en varios lugares; por ejemplo: 1267.

(16) Romance XII. 292, V. «Prov. de Dios», 1267.

(17) En cierta manera, véase: Sent 345, 948.

(18) Sent. 584, 966. Sent. 675, 973-74.

(19) «Consideraciones sobre el Nuevo Testamento». Última parte, 1056. Y «Homilía...», 1068.

(20) «Prov. de Dios», 1247.

(21) «Los ojos te persuaden a creer una mentira más de sesenta veces mayor que el globo de la tierra y de' mar». Y sigue. «Prov. de Dios», 1248. Y «Homilía...», 1068.

(22) «Marco Bruto», 717.

(23) «Perinola», 874.

otros atisbos de distinto origen. El concepto *discordia* lleva a Quevedo a querer superarla, a buscar el modo de alcanzar su dominio por el hombre, y se enfrenta con una ideología muy antigua en la historia, que le atrae y le fascina, aunque la forma en que en su tiempo se daba le repugna.

Llama muy pronto la atención la obsesión que Quevedo muestra por todo lo que a Astrología se refiere, y a través de sus aceradas sátiras, impregnadas de rencor, se aprecian momentos de lúcida comprensión de un cosmos armónico; porque Quevedo también busca la armonía que la *discordia* crea; esa «discordia concorde» que lleva en su propia entraña la vena de su aniquilación. Para Quevedo, el panorama celeste muestra la perpetua lucha entre la discordia íntima de los cuerpos y la armonía que va minando sus fuerzas: «las tineblas pobladas de armonía» (24). La acción batalla y acomete para evitar la quietud, la medida, que la espera implacable.

Admitir esta lucha entre lo armónico y lo vital, es negar la Astrología, que sólo sería válida caso de someterse todo a una medida suprema, pero si hacia ésta hay contrarreplica, las leyes deducidas tendrán poco valor; por esto, se revuelve contra la Astrología, en la que probablemente tuvo esperanzas. Se dice que fué muy entendido en este arte (25) y por reacción pasa, no a despreciarlo, sino a odiarlo, sin poder evitar que a veces se le escapen elogios.

La Alquimia también sufrió el mismo proceso, de interés primero, de repulsa después. Fué entendido en ella, así como en Medicina (26), y luego pasó a repudiarla, emparejándola constantemente con la Astrología.

La crítica que les hace no es sistemática; se halla diseminada por todas sus obras satíricas. Goza haciendo imágenes repulsivas o cómicas de los alquimistas o astrólogos, como cuando dice de éstos:

#### BURLARSE DE LA ASTROLOGIA DE LOS ECLIPSES SONETO XLVIII

¿Porque el Sol se arroboza con la luna  
En la cabeza horrible del severo  
Dragón, pretendes, pérfido agorero,  
amenazar de túmulo a la cuna?

El metal de sus rayos importuna  
tu ciencia, con examen de platero.  
Cuando eclipsarse el Sol en el Carnero  
Influye calidad sólo ovejuna.

Hoy se eclipsa en Carnero, y otro día  
Se eclipsará de viernes en los Peces.  
Signo Corvillo en buena astrología.

(24) «Al Nacimiento, mostrando...», 507, V.

(25) «Vida de... Quevedo», Tarsia, 858, V.

(26) Idem.

Eclipses hay picaños y soeces,  
Amigos de canalla y picardía;  
Que no son linajudos todas veces (27).  
Y de los alquimistas:

### PINTA EL ENGAÑO DE LOS ALQUIMISTAS SONETO

¿Podrá el vidrio llorar partos de Oriente?  
¿Cabrará su habilidad en los crisoles?  
¿Será la tierra adúltera a los soles,  
Por concebir de un horno siempre ardiente?  
¿Destilará en Baños a Occidente?  
¿Podrán lo mismo humos que arrebóles?  
¿Abreviarán por ti los españoles  
El precioso naufragio de su gente?  
Osas contrahacer su ingenio al día;  
Pretendes que le parle docta llama  
Los secretos de Dios a tu osadía.  
Doctrina ciega, y ambiciosa fama  
El oro miente en la ceniza fría,  
Y cuando le promete le derrama (28).

Astrólogos y alquimistas tienen perpetuo asiento en el infierno e incluso ya sirven para clasificar a los demás condenados: «Los que vienen por locos [al infierno] ponémoslo con los astrólogos, y los que por mentecatos por los alquimistas» (29).

Quedan por perpetuos locos, por ilusos que ni los mismos diablos entienden (30), no acaban nunca de perder la esperanza por más que se vean en apuradas situaciones (31); y siempre creen que sólo «los astrólogos, poetas y retóricos... saben alzar figuras para oscurecer sus enredos» (32).

Un sano consejo les da a los alquimistas. «hazte boticario o herbolario» y si quieres ser autor de libros de alquimia, haz lo que todos, que es fácil, escribiendo jerigonza: «Recibe el rubio y máta-le...» Y así sigue diciendo (33).

El «Libro de todas las cosas...» es una aplicación del concepto de Astrología. El ridículo es llevado al máximo grado; se reduce tal ciencia a capítulo de imbéciles y taimados. La interpretación de los procesos naturales es presentada con toda la virulencia de los retruécanos quevedescos. Y por todas partes escapa la invectiva y la continua prevención de Quevedo, que siempre ve sus problemas:

«Saturno en Capricornio amenaza casados mol-lares», o «La Luna en la cabeza del Dragón significa que el Dragón tiene cabeza» (34).

La burla toma ya caracteres virulentos y el retruécano culmina:

El signo del escribano  
dice un astrólogo inglés,  
que el signo del Cáncer es,  
que come a todo cristiano (35).

No hace falta señalar la repetida acusación de mendaces y taimados (36), aunque más bien los rodea de un ambiente propio de curanderos, quizá algo enigmático (37). La misma crítica haría unos años después Baños de Velasco (38).

¿Cuál es, pues, la final postura de Quevedo? Sigue la doctrina de Fray Luis y aconseja retirarse al campo, pero sin más complicaciones; aconseja el bucolismo y la huída de los estudios poco ciertos:

Más quiero depender del sol y el día,  
Y de la agua, aunque tarde si la llamo,  
Que del áulica infiel astrología (39).

En realidad, esta es la postura de Quevedo; ante una cosa incierta, es preferible la desconfianza y el recelo y por consiguiente la abstención. La crítica razonada consiste precisamente en desconfiar por la improbabilidad del asunto, y en no oírlo por censura religiosa:

«Para conmigo muy desautorizado crédito tiene la astrología judiciaria...»

«No niego que las causas superiores no gobiernan la naturaleza de la tierra, ni que de sus influencias dependa esta porción inferior. Mas con ella propia niego que sus aforismos tengan verdad, pues ni ellos son nivelados con alguna certeza, ni hay experiencia que no la desmienta. Con una propia posición de signos y planetas y aspectos, uno murió muerte violenta y otro fué largos años afortunado. Y sin diferenciarse en algo, en una propia casa las estrellas son raramente verdaderas y frecuentemente mentirosas... Y dice apoyarse en Sixto ab Hemminga Frisio.

«No ignoro muchos casos extraños que se refieren de la astrología...; yo retraigo a la duda la calificación de estos cuentos.

«Por esto aconsejaré a los príncipes dos cosas: la primera, que no los oigan; la segunda, que si los oyen, por la religión no los crean, y que por la prudencia no los desprecien; que con esto doctrinarán bien el error de haberlos oído» (40).

No está muy lejos la crítica de Bayle (41) que dará un nuevo aspecto a la difusión vulgar de la ciencia en Europa. Con motivo del cometa de 1680, levanta su cruda polémica contra las inter-

(27) 219, V.

(28) 453, V.

(29) «El alguacil endemoniado», 168.

(30) «El sueño del infierno», 189.

(31) «El sueño del Juicio Final», 164.

(32) «Premática del tiempo», 59.

(33) «Libro de todas las cosas...», 72.

(34) «Tratado de la Adivinación por Quiromancia, Fisionomía y Astronomía», 68.

(35) 90, V. Véase: «La hora de todos...», XXX; 290-91.

(36) «El alguacil endemoniado», 170.

(37) Véase la descripción de la profesión de la madre de Pablos, «La Vida del Buscón», I, 1; 79.

(38) «L. Aineo Séneca» (1670), 15.

(39) Ed: F. Guerra, I, 1, 424.

(40) «Marco Bruto»; 734.

(41) Paul Hazard, «La crisis de la conciencia Europea» (1680-1715) (Madrid, 1944), 139 y ss.

pretaciones de los oráculos y cometas. Marca así en Europa el momento en que la Astrología pierde su valor esotérico y pasan a ser motivo de irrisión aquellos que aún creían en ella. La crítica de Quevedo tarda en trascender a la masa. Es mucho más tarde, con Feijóo (42), cuando se pierde también en España.

#### PERSONALIDAD DE LOS ALQUIMISTAS Y ASTRÓLOGOS

¿Pero quiénes son los alquimistas y astrólogos para Quevedo? Enumera nombres en abundancia:

Demócrito abderita en su *Arte Sacra*, Avicena, Géber, Rimundo Lull (43), Pedro Abano, Cornelio Agripa, Trithemio, Cardano, Scalígero, Arteficio, Mizaldo, Paracelso, Wecker, el autor de la *Clavícula Salomonis*, y el del *Adversus omnia pericula mundi*, Catán, Races, Taysnerio, Eithardo Lubino, Scoto el Italiano (44); el *Arte Magna*, Arnaldo, Morieno, Roger, Treofrasto, Vistadio, Evónimo Grollio Libavio y la *Tabla smaradigma* de Hermes (45).

Muchos de estos nombres no responden a vulgares alquimistas o astrólogos, sino que con ellos se mezclan numerosos de pensadores, científicos o místicos, de los que probablemente Quevedo no conocía las obras directamente, y se limita a recoger la versión vulgar que rodea sus nombre con fama de hechicería.

Sobre este punto, es interesante la siguiente opinión de Feijóo:

«Moviónos a esta breve defensa del Abad Tritemio un borrón que encontramos en las obras de don Francisco de Quevedo. Este sazoadísimo Ingenio, en las *Zahurdas de Plutón*, discurriendo por los repartimientos del Infierno, en uno de ellos coloca, en compañía de otros hechiceros, a Tritemio, con estas voces: *Tras esto vi con su Polygraphia, y Steganographia a Tritemio, que así llaman al autor de aquellas obras escandalosas*. Esta proposición temeraria muestra que Quevedo, ni vió ni tuvo bastante noticia de los dos libros que cita; porque el libro de Polygraphia no es por capítulo alguno sospechoso..., y así en aquel libro nadie puso jamás reparo sino Quevedo... Parece que también ignoró Quevedo quién fué Tritemio... Como los libros de Quevedo andan en las manos de todos, me pareció poner aquí el contraveneno a aquella negra sátira» (46).

Basta encontrar en la anterior relación a Scalígero para comprender que la sátira le lleva a llamar alquimista a quien sea enemigo suyo. Paracelso queda por alquimista, pero Quevedo no dejará de usar

sus obras cuando en plan crítico y científico las necesite (47). Avicena es alquimista, pero es médico, y esto le salva en las demás ocasiones. Ramón Lull pasa desconocido ante sus ojos (48).

#### VALORACIÓN DEFINITIVA DE LA ASTROLOGÍA

Y sin embargo, a pesar de todo, hay momentos en que Quevedo usa de la Astrología; se le deslizan referencias muy claras. Cuando habla de la «matemática astrológica» y dice que ha escudriñado muy bien las acciones y pasos del sol (49) parece creer en lo que él mismo condenó. Pero no es así. Un detalle puede servir de ejemplificación, sin más valor que el simbólico. Aunque no sigue los progresos de la nueva ciencia, sí concede su importancia a la pura Astronomía; y esta palabra, Astronomía, usa en vez de Astrología cuando sigue fiel a este estudio (50). Esta modificación le da nuevo sabor y parece más justificado comprender de otro modo estas concesiones que no abundan.

Por otra parte, en el soneto que dedica *al Nacimiento*, «mostrando que la astrología misteriosa admira a la celeste» (51), se complace en contraponer la Astrología judiciaria con una visión de Belén, en la que cada una de sus figuras va sustituyendo una figura astrológica. Es más bien un recurso técnico de lucimiento, que no impide el reconocimiento de dos concepciones cósmicas en lucha, con la derrota de una y la victoria de la otra injertada de su vencida.

Esta crítica de la Astrología por una parte, y estas concesiones por otra, responden, a una concepción superior: al concepto de la *discordia*.

La Naturaleza tiene cierta armonía, que en Quevedo no deja de presentar sus resabios pitagorizantes, aunque tomadas las ideas a través de San Agustín y ya estereotipadas.

Como dice, poco después de Quevedo, Vico (52), al desarrollarse cada vez más el espíritu humano, y por la contemplación del cielo para tomar los augurios, obligando a los pueblos a observarlo constantemente, el cielo se elevó en la opinión de los hombres... Y al elevarse, centró su interés y se dió trágica importancia a la modulación celeste. Esa armonía, que tiene sus leyes, y su «arismética», que es «la razón del universo» (53), y esa supervaloración de ciertos números por sus perfecciones íntimas, como es el caso del diez, del que Quevedo constata que es «el más perfec-

(47) «Vida de Anacreonte», 743, V.

(48) Véase Luanco, «Ramón Lull, considerado como alquimista» (Barcelona), 1870.

(49) «Marco Bruto», 716.

(50) «El Martirio pretensor del Mártir», 1182.

(51) 507, V.

(52) «Filosofía de la Historia», IX, II.

(53) «Prov. de Dios», 1286.

(42) En el «Teatro Crítico Universal», a cada paso, adereza su crítica.

(43) «El sueño del infierno», 183.

(44) Idem, 189-91.

(45) «La hora de todos...», XXX, 291.

(46) «Teatro...», Discurso Quinto, 42; 144-45.

to de los números» (54) y el número dos, y el cuarenta, tomados por Quevedo de labios de San Agustín y aplicados a sus propios cálculos más o menos cabalísticos (55), responden todos ellos a una profunda admiración hacia la bóveda celeste y a una secreta atracción instintiva hacia la kábala, quizá procedente de sus estudios bíblicos y talmúdicos. No en vano se escapa de labios de Quevedo un asentida exclamación: «El sabio do-Quevedo una sentida exclamación: «El sabio do-

Pero la causa última, la motivación misma, queda, debido a la *discordia*, oculta al hombre, que sólo podrá gozar de atisbos, de parciales visiones y de problemáticos augurios del futuro.

«De la ciencia experimental se suele decir (y bien) que castiga la agudeza de los más delgados ingenios» (57).

Y esos delgados ingenios quedan ignorantes ante el espectáculo de los astros.

«El secreto del gobierno del sol es inescrutable. Todo lo hace; todos ven que lo hace todo; venlo hecho, y nadie lo ve hacer» (58).

¿Y cuál puede ser la explicación humana de esta misma impotencia humana de explicar la entraña de los hechos cósmicos? No mucho tiempo antes, Fray Luis de León había dicho:

«Porque si tuviera perfecta ciencia de las estrellas, pudiera saber algo Job del principio de la suya, y de sus pocos o muchos años; mas como no sabía lo primero, así ignoraba lo segundo, porque Dios es sólo el autor verdadero, y el sabidor cierto de ambas cosas, las cuales gobierna con su providencia por secreta y admirables maneras» (59.)

Y Quevedo sigue los pasos de Fray Luis y su exposición sistemática resuelve, acorde con la tradición, el problema:

«La primera causa es Dios... Las felicidades y las miserias dependen del primer orden, consiguientemente de los astros, y después de la voluntad; ésta se mueve por el impulso. Decir que los cuerpos celestes son causas, es decir que las causas de la espada son el fuego y el martillo; pero ¿quién sujeta el artífice al instrumento? El arbitrio de los hombres no está sujeto al astro directamente, sino por accidente, en cuanto recibe el cuerpo influencia del cielo, como también el espíritu animal tenue y corpóreo, y los humores mismos» (60).

O sea, los astros son causas accidentales, y sus

consecuencias están sujetas a las posteriores determinaciones de la voluntad. El problema es sencillamente el mismo de la conciliación de la Providencia con el libre albedrío humano. La intervención de los astros y de los hombres da el eventual futuro, que es previsible en cuanto que no intervenga la voluntad humana; en cuanto ésta interviene, la Astrología falla también: «...se mudan los efectos, mudadas las causas o los accidentes» (61).

Sobre la voluntad no caben influencias directas, aunque sí indirectas, en el sentido de que los astros, dirá Quevedo, influyen sobre los humores, o sea, sobre el temperamento, y éste si influye sobre la voluntad, aunque esta influencia no es estudiada en modo alguno, como ya Huarte de San Juan había indicado (62).

#### APÉNDICE: IDEAS SOBRE EL CUERPO HUMANO

No es en un análisis de la Naturaleza donde deban estudiarse las ideas fisiológicas de un pensador. Sin embargo, en el caso de Quevedo es preciso, debido a que para él no pasan de ser un estudio de algo que pertenece a la Naturaleza, que es del hombre, pero sin ser su centro ni su parte más importante. Además, estas ideas son previas a una posible crítica del conocimiento; son dadas por un conocimiento empírico ciertamente anterior a la Antropología.

Hablar de Fisiología en Quevedo tiene un sentido amplio; abarca todo aquello que se refiera a la estructura y composición del cuerpo humano, ya que el de los animales no le interesa. Es preciso anticipar que su conexión con el alma es según la doctrina de la materia y la forma, como más adelante se verá, distinguiendo asimismo entre el *animus*, que es la forma aplicada al cuerpo, equiparado a la que los animales poseen, y el *anima*, puro espíritu racional del hombre (63).

Tomado, pues, el cuerpo humano como una unidad, su estudio es interesante para el pensamiento filosófico, y más en un pensador que se preocupó por la medicina (64). El progreso de esta disciplina es muy posterior al de las concepciones cosmológicas que revolucionaban la época de Quevedo. En este tiempo, las ideas médicas y por ende filosóficas, se conservan a la altura de las del Medievo; no se puede olvidar el prestigio que un Avicena guarda para Quevedo en este aspecto (65). Sin embargo, y sin llegar a las concepciones de la moderna medicina, hombres surgidos del «círculo mágico» cambian su perspectiva y un nuevo atento examen de la naturaleza les

(54) «A'abanzas de la moneda». 58. El talento que para la Economía tenía Quevedo la lleva a supervalorar lo que sería tan fundamental como la numeración de base decimal.

(55) «Panegírico a... Felipe IV», 697; «El cuarenta contiene la perfección de la ley».

(56) Sent. 185, 935.

(57) Sent. 277, 942.

(58) «Marco Bruto», 716.

(59) «Exposición del Libro de Job», XXXVIII; 21.

(60) Sent. 345, 948.

(61) Sent. 26, 922.

(62) «Examen de Ingenios» (Madrid, 1930), II, 404.

(63) «Prov. de Dios», 1257 y ss.

(64) «Vida de... Quevedo», Tarsia, 858 y 867, V.

(65) «Allegórica enfermedad», 47, V.

lleva por inesperados caminos. Ideas revolucionarias del Renacimiento, se plasman en hechos tangibles en el Barroco; pero, a pesar de todo tales hombres llegan a los países latinos rodeados por el halo de la superstición y la brujería. No en balde intentan remover los cimientos dejados por Hipócrates, y el alma de los hombres, difícil de acomodar por brusco giro a las nuevas visiones de las fluctuantes Edades, se resiste y se abraza a su vieja concepción, anticuada, estéril ya, pero en la que se encuentra más a gusto. El hombre comprende que su postura es baldía y que debiera lanzarse a nuevos horizontes, pero ya la historia exige un ritmo vital del que no todos los hombres son capaces, y países enteros se abandonan a la fuerza de la inercia. Allá lejos queda para ellos el nuevo rumbo como un posible ideal del que se captan resplandores, pero cuya esencia queda desconocida.

Por todo lo cual, las doctrinas estereotipadas perduran en Quevedo; su lenguaje emplea los vocablos de Galeno, aunque puede señalársele en este aspecto un maestro, sin alcanzar por ello la mayor parte de los atisbos geniales que éste tuvo. Huarte de San Juan marcó en España un hito y con respecto a él, en rigor, Quevedo representa un retroceso. Empero, comprende que su trascendencia es definitiva; ha captado en él algo nuevo: «¿Cuál filósofo excedió ni igualó el *Examen de Ingenios* nuestro?» (66). Y a él se atiene, le sigue en ocasiones y se nota claramente que atrajo su espíritu. Por lo demás no deja a veces de usar doctrina de Paracelso, aquel criticado astrólogo, pero siempre en detalles, nunca en doctrina fundamental (67).

La tesis huartiana puede considerarse repetida; no hay diferencias. Siempre que habla Quevedo de la *complexión* (68), de los *humores* (69), de los temperamentos (70), se trata de meras aplicaciones de Huarte, lo que en realidad no es decir sino que se trata de ideas acerca de la *krasis*, vulgares en su tiempo.

Los temperamentos son tomados en su puro valor de complejiones psico-fisiológicas, sin intento de forjar tipificación psicológica (71); esto es importante para comprender algunas de sus críticas.

También sigue a Huarte (72) cuando afirma que «la naturaleza (regida por Dios), con sus dones naturales y gratuitos, rarísimas veces dotó a un mismo sujeto de fuerza y valentía y juntamente de

consejo y sabiduría» (73). Es la tesis huartiana de la influencia de los temperamentos sobre el alma (74). Censurada por la Inquisición, los labios de Quevedo la repiten amortiguada; pero íntegra: «Y pues no pudiendo ningunas almas ser tontas, se exige que la causa es el cuerpo, que en los unos sirve al alma de un estorbo, y en los otros de instrumento hábil» (75). Pero su espiritualismo lleva a Quevedo a preferir hablar de otras influencias sobre el alma, las influencias de la historia y la naturaleza. Y la influencia que da a ésta sobre el hombre es notable y curiosa teniendo en cuenta, claro es, la época. La Geografía va despertando sin repercutir en Quevedo, que, en esta situación, encontró en Cicerón lo que echaba en falta. Era el lazo que une al hombre con la naturaleza, la justificación natural que explicase la trabazón honda que sentía palpar entre su propio ser y la naturaleza que le rodeaba (un aspecto de lo cual ya se vió al hablar de la Astrología). Unida a la influencia de los astros, existe otra mucho más profunda y mucho más fuerte; es la dependencia del hombre, con relación a su mundo, y como el modo de ser del hombre, las inclinaciones connaturales que se manifiestan en las *costumbres* de los pueblos, dependen de la porción de tierra delimitada a su alcance.

«Y estas costumbres son hijas de la necesidad. Así lo dijo Cicerón, el que todo lo dijo mejor que todos; lo que tomó de otros mejorándolo, y lo que no, de suerte que nadie lo pudiese mejorar. Tomo II, oración XV, de la *ley agraria contra P. Servilio Rullo*, al fin: «No se engendran en los hombres las costumbres tanto de la estirpe y linaje o generación, como de aquellas cosas que le son administradas de la naturaleza del lugar y de las costumbres de la vida con que nos criamos y vivimos». Los cartagineses no los llaman mentirosos y engañosos por su nacimiento, sino por la naturaleza del lugar, porque sus muchos puertos, con muchas y varias lenguas de mercaderes y advenedizos, por el logro, son dados al estudio de engañar; a los ginoveses, montaraces, duros y rústicos, enseñó su misma tierra, con no llevar nada, si no es con mucho trabajo y labor a buscarlo en las tierras ajenas; los campanos, siempre soberbios con la bondad de sus campos, con la abundancia de sus frutos, con la salud de la ciudad, fábrica y hermosura...» (y sigue aplicándolo a Roma y España) (76).

No es por tendencias ingénitas, sino por influjos ambientales como surgen y se modifican las

(66) «España defendida», 1.<sup>a</sup> parte, IV; 351.

(67) «Vida de Anacreonte», 743, V.

(68) Sent. 345. 948.

(69) «Premáticas y aranceles generales», 31; la Carta CLXVIII. a persona desconocida, 1907; «Sonetos amatorios», XXXIII, 59, V.

(70) «Premática del tiempo», 59.

(71) Jung, «Tipos Psicológicos», 20.

(72) Huarte de San Juan, «Examen de Ingenios», I, 23.

(73) Sent. 227, 938

(74) «Examen de Ingenios», I, 113.

(75) «Prov de Dios», 1256. A continuación, ejemplifica con tres linternas de igual fuerza luminosa y distintas etapas, de hierro, «gueso» y cristal.

(76) «España defendida», IV; 355.

costumbres de los pueblos. Esto no supone afirmar que todos los hombres nazcan iguales (77), pero la desigualdad de nacimiento se debe a la diferente capacidad de reaccionar ante el medio ambiente. Y a éste se deberán las modificaciones de carácter y el predominio de los diferentes temperamentos, los cuales dió la naturaleza, como ya se vió. Esta tesis es desarrollada en el Renacimiento aplicada al lenguaje por Marineo Sículo (78).

En las diferencias entre los hombres, sí sigue Quevedo a Huarte, como puede verse en su estudio de los hombres gordos y de los flacos y descoloridos (79), o cuando determina los caracteres sexuales secundarios (80).

Pero no todo es influencia positiva. También contra Huarte se vuelve la sátira punzante de Quevedo y le acibara sus más queridas teorías. La clasificación de los temperamentos por el aspecto fisiognómico queda para objeto de burla. DE LA FISONOMÍA, así titula un capítulo del «Libro de todas las cosas...» (81), en el que hace una dura crítica de la clasificación temperamental y caracterológica partiendo de los datos fisonómicos. Decir que de los datos se puede deducir lo que los datos dan, es una redundancia que en Quevedo posee la suficiente ironía para ser crítica de lo que imita. Véase:

«En viendo un tuerto, puedes juzgar por esta ciencia que le falta un ojo.»

Si se limita así el campo de la ciencia fisiognómica, aunque en son de burla, es porque ya Quevedo sentía poco interés por las especulaciones y resultados de este estudio. No es que los considere falsos; es que, por una parte, los considera desproporcionados con los medios empleados (con lo cual crítica la ciencia experimental como pobre en frutos); y, por otra, no halla novedad en hacer científicamente lo que él hacía por mera impresión. Los caminos de Quevedo no iban por los estudios experimentales y da mayor valor a la

introspección del hombre que a todos los rudimentos de Etnología y Frenología.

Asimismo, la doctrina de Taysnerio queda en ridículo. Y todo porque en realidad Quevedo no la entendió; creyó que estudiar las fisonomías era buscar en ellas lo que los ojos dejasen escapar de sus estados anímicos; por eso termina diciendo: «...las fisonomías no se pueden sacar ciertas de particulares rostros de hombres, que por miedo o por no poder, no muestran sus inclinaciones, y las reprimen; sino sólo de los rostros y caras de príncipes y señores sin superior, en quienes las inclinaciones no respetan nada para mostrarse» (82).

Aparejada con la crítica del estudio fisiognómico, Quevedo presenta, aún más cruda tal vez, la crítica de la quiromancia; a tenor del presente, acertó en este punto. Le dedica un capítulo (83) para destruirla. Si además de quirománticos, debiera haber nalguimánticos, es indudable que perdería su trascendencia, pues la cosa resulta en exceso ridícula. Y la causa de las rayas de la mano es la misma que las de las corvas, codos, etcétera como indica Quevedo, o sea, el lugar por donde las partes del cuerpo se doblan.

Pero es de notar que este argumento que parece decisivo para eliminar la quiromancia, no elimina lo más mínimo lo que pudiera haber sido su origen. Pues lo mismo que la configuración de la mano puede considerarse obediente a la armonía corporal, lo mismo *debe* y no sólo puede, considerarse el resto del cuerpo. Pero claro es que lo que aún resulte más o menos excusable con la mano, no lo resulta con los pies o las corvas, ya que estas partes resultan menos atractivas. Esta crítica *ad hominem* tiene pues un valor tan relativo como puede tener el argumento a favor, lo cual, aparte de todo, no menguaría su interés.

El concepto presentado por Quevedo, según todo lo anterior, de lo que es el cuerpo humano, se halla totalmente inmerso en su época y muestra las mismas disonancias que ésta. Queda patente que no es para él un problema sistemáticamente planteado, pero, al par de la Naturaleza, es supuesto fundamental de su Antropología.

(77) «Prov. de Dios», 1248-49.

(78) Pietro Verrua, «Lucio Marineo Sículo e la scienza del linguaggio» (Adria, 1908), p. 6-7.

(79) «Marco Bruto», 719-20.

(80) «El sueño del infierno», 185.

(81) 69-70.

(82) «Libro de todas las cosas...», 70.

(83) Idem.